

Huelga y revolución

Apunte sobre la política comunista en la primera posguerra

José Luis Martín Ramos

1. El sueño de la revolución mundial

Los graves acontecimientos que en este pasado agosto han vuelto a estremecer al mundo, precipitando la caída de un sistema, la Unión Soviética, que por espacio de siete décadas ha pugnado por constituirse como alternativa exclusiva al capitalismo, han encendido también, entre otras cosas, la traca final de la ofensiva contra las utopías y las heterodoxias ideológicas, cuyo fin se piensa habrá de ser el epitafio que luzca sobre la tumba de la Historia, cuya muerte se nos anunció ya algún tiempo atrás... Si Lenin consideraba un síntoma de la enfermedad infantil del comunismo la imposición del juicio histórico sobre el juicio político, uno está tentado de pensar que también su contrario, la fagocitación de la historia por la política, debe ser un síntoma de la enfermedad senil del capitalismo... perdón, de la economía de mercado.

Puede resultar ocioso en medio de la vorágine de improvisaciones periodísticas pretender recordar que por mucho que los factores dominadores de la opinión se empeñen en que agosto del 91 entierre octubre del 17, esta última fecha, incluso más allá de los errores políticos que pudiera implicar y sobre todo de los que se cometieron luego en su nombre, constituyó un hito, quizá irrepitable, de esperanza para una gran parte de las clases trabajadoras de Europa. Sobre todo para buena parte de quienes luego de horrorizarse ante la sangría de la primera guerra mundial, genocidio público y acordado por los gobernantes -que no sólo los gobiernos en sentido estricto-, desea-

ban desesperadamente sustituir la pesadilla de la destrucción por el sueño de esa utopía que era la revolución social. Habrá que recordar que el Terror no anuló el valor histórico de la revolución de 1789 y no sería inútil recuperar el análisis comparado entre la revolución rusa y la francesa, empezando por las reflexiones de Deutscher 1; Y no quiero dejar pasar la ocasión de afirmar que para mí el principio de Thermidor no estuvo en el ascenso de Stalin al poder, sino en la disolución de la Asamblea Constituyente. Sea como sea esta historia, la del artículo, empezó con la revolución de octubre y lo que tenía que ser su proyección mundial.

El período que incluye el tramo final de la Gran Guerra y los primeros años del duro reacomodo de la posguerra, de 1917 a comienzos de la década del veinte, constituyó una de las etapas de más intensa agitación social en la Europa contemporánea. Una suerte de 48 *rojo*, en el que la última de las revoluciones, la socialista, fue puesta en el primer término de la orden del día de los pueblos y los gobiernos; la revolución del siglo XX, llamada a ser, a diferencia de las que le habían precedido en siglos anteriores, plenamente universal, no meramente nacional, y a perdurar en sus efectos asimismo como nunca hubiera ocurrido con las anteriores. Una revolución que no había de ser la del Parlamento o la del Tercer Estado, sino la Revolución Mundial. La intensa movilización social que caracterizó esa etapa respondió, no obstante, a razones y expectativas heterogéneas y en determinadas condiciones contradictorias incluso. Respondió a la grave crisis que a la sociedad burguesa europea que se había configurado en el XIX comportó la Gran Guerra; una crisis de identidad ante los horrores del conflicto, pero también una crisis de la organización económica y política del Estado capitalista ², la cual habría de favorecer movimientos de reacción y respuesta ante la necesidad de un nuevo esquema organizativo. También fue, y no de manera independiente a lo antes señalado, en respuesta a la eclosión de una propuesta revolucionaria, dando inicialmente la razón en los hechos al binomio establecido por Lenin entre *guerra y revolución*; propuesta que no sólo animó la acción de las minorías que venían propugnándola, sino que constituyó también la causa de masas de trabajadores de la ciu-

1 DEUTSCHER, I.: **El profeta armado: Trotsky (1897-1921)**. Nueva York-Londres, 1954. *Stalin. Una biografía política*, 2ª ed. Nueva York, 1967.

2 MAIER, Ch. S.: *La refundación de la Europa burguesa. Estabilización en Francia, Alemania e Italia en la década posterior a la primera guerra mundial*. Madrid, 1988. Sus tesis sobre la corporativización desencadenada por la guerra merecen una amplia discusión que no es oportuna aquí, pero Maier pone bien de relieve el carácter crítico de los cambios que la guerra operó en el seno de la sociedad europea.

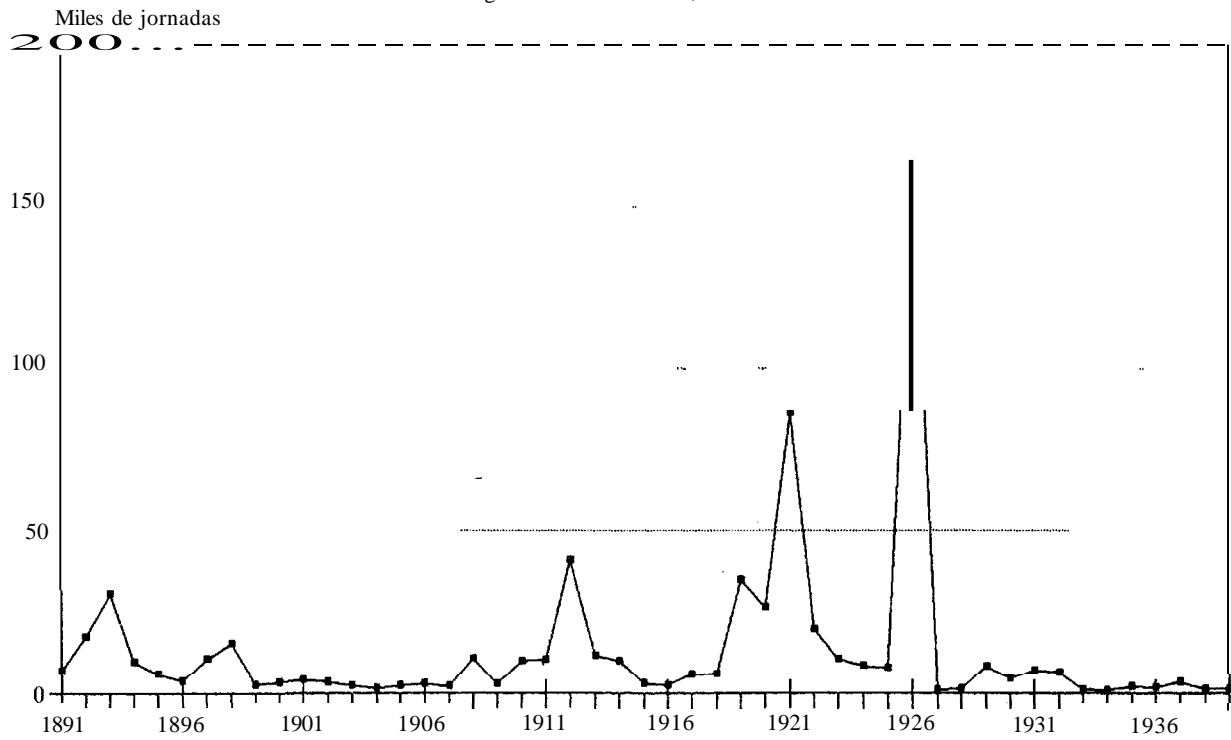
dad y del campo que tocaron como nunca con la yema de los dedos el cielo de la *revolución social*. En ocasiones, sobre todo entre 1919 y 1920, la notoriedad del vacío que temporalmente había creado el proceso de reconstitución del orden capitalista reforzó la impresión subjetiva sobre la posibilidad de triunfo revolucionario, de tal manera que posibilidades y espejismos se entrelazaron para confundir a los contemporáneos y a la historiografía posterior sobre el signo real de acontecimientos tales como las insurrecciones alemanas, la oleada de huelgas en Francia, la ocupación de fábricas en Alemania, las agitaciones campesinas en Andalucía o las luchas por el derecho de representación sindical en Cataluña. ¿Se trataba en verdad del derrumbe final del sistema, del capítulo definitivo del fin de la opresión y el comienzo del cambio de base en la sociedad humana?, ¿o sólo se estaba asistiendo a un traumático paso hacia su reformulación?

Ese doble proceso *revolución-reformulación* se vio acompañado por una movilización obrera de masas como nunca antes se había conocido, y por lo que hace a su manifestación más común y popular, la huelga, como nunca se conoció después hasta el momento presente. En efecto, entre el primer año de la posguerra y los iniciales de la década del veinte tuvo lugar en Europa de una manera generalizada, tanto en el seno de los Estados vencedores como en el de los vencidos o en el de los países, como España, que se habían mantenido neutrales, una oleada huelguística que bien merece aquel calificativo de *explosión* que Hobsbawm propusiera para 'los momentos punta del movimiento obrero'. Una *explosión huelguística* que respondiendo a un abanico de motivaciones tuvo como causa común la reorganización del sistema de relaciones sociales y económicas tras el fin de la guerra, y presentó la jornada de ocho horas, la reivindicación mítica del movimiento obrero desde hacía cuarenta años, como argumento y conquista más generalizada. Los gráficos 1, 2 y 3, referidos a la cantidad de jornadas de huelga acumuladas en un año⁴, ilustran convenientemente el salto que el movimiento huel-

⁴ Hobsbawm: *Trabajadores. Estudios de historia de la clase obrera*. Barcelona, 1977.

4 Esa es, en mi opinión, la magnitud más importante para el análisis del movimiento huelguístico, y tras ella la de la cifra de huelguistas, no la del número de huelgas, que enmascara los datos cualitativos más importantes del proceso huelguístico, como por ejemplo la dimensión de la huelga o su duración; obviamente, el número de jornadas de huelga habrá de expresar tanto la cantidad de huelguistas como la duración del conflicto, siendo por ello su dato más representativo. Lamentablemente ésa es, precisamente, el que presenta mayores lagunas de información en las estadísticas de huelgas conocidas, lo que dificulta el trabajo de comparación. Para mayor simpli-

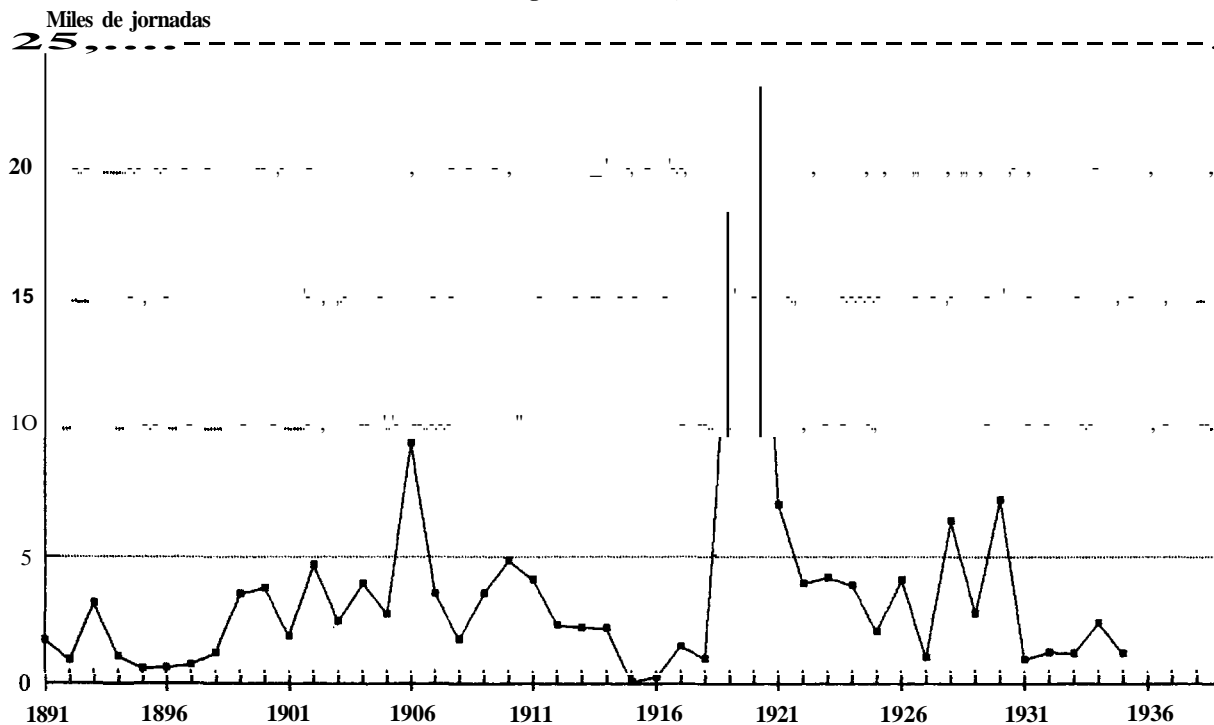
GRAFICO 1
Huelgas en Gran Bretaña, 1891-1939



Fuente: European Historical Statistics.

José Luis Martín Ramos

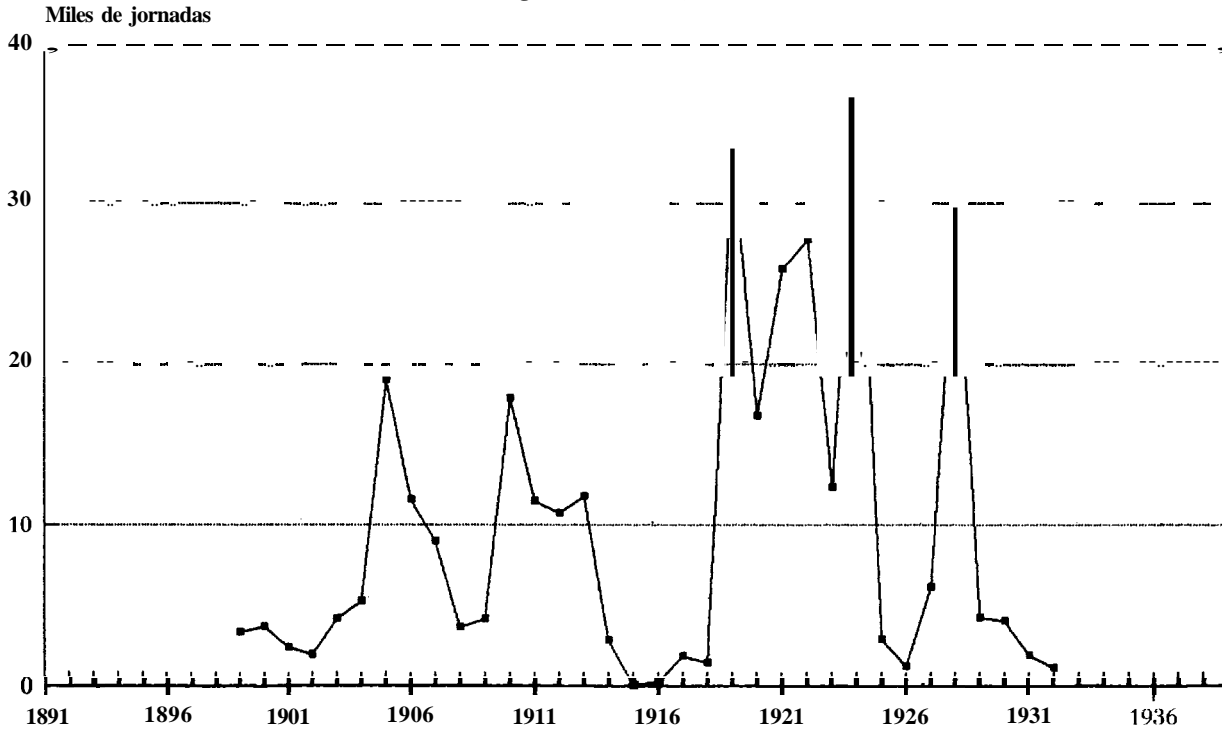
GRAFICO 2
Huelgas en Francia, 1891-1939



Huelga y revolución

Fuente: European Historical Statistics.

GRAFICO 3
Huelgas en Alemania, 1891-1939



Fuente: *European Historical Statistics.*

guístico dio en aquellos años. Tanto en el caso de Gran Bretaña como en el de Francia —para los que disponemos de los datos oportunos desde la última década del XIX— es perfectamente perceptible el proceso cíclico del movimiento huelguístico en el que sobresalían puntas determinadas como las de los años 1893 y 1912 en Gran Bretaña o 1906 en Francia; ese proceso cíclico es igualmente apreciable en Alemania, a pesar de que en este caso los datos disponibles sean a partir de 1899, lo cual merma rotundidad a la imagen, con crestas de magnitud casi igual en 1905 y 1910. La guerra mundial, con su secuela de restricción, de hecho y de derecho, de las actividades del movimiento obrero dio lugar a una profunda caída de la actividad huelguística, mucho mayor en Francia o Alemania, donde en 1915 se alcanzaron las cifras más insignificantes de su historia, que en Gran Bretaña, cuyas organizaciones obreras resistieron mejor las consecuencias antisociales de la guerra. Esa caída subrayó aún más el salto que se produjo en los tres casos en el mismo año 1919, el cual situó a un nivel desconocido hasta entonces la actividad huelguística, con la peculiaridad de que ello se producía al mismo tiempo por toda la geografía europea e incluso en las islas. Un salto que se mantuvo e incluso aumentó en 1920 y 1921, fecha a partir de la cual la actividad huelguística decreció en casi todas partes; menos en Alemania, donde la crítica situación económica y política del país determinó una prolongación de la “explosión” hasta 1924 cuando en el resto de Europa el movimiento de huelgas había regresado a sus dimensiones de preguerra. La cota alcanzada en el momento de la explosión no se rebasaría ya, a excepción de Gran Bretaña, donde lo fue en 1926 como consecuencia directa de la huelga general de aquel año a manera de epílogo tardío de aquella época dorada de la movilización proletaria. Para apreciar mejor la importancia cuantitativa del salto téngase en cuenta que el máximo de jornadas de huelga acumuladas (algo más de 33 millones en 1919 y de 36 millones en 1924 en Alemania; más de 23 millones en 1920 y casi 24 en 1922 en Francia; cerca de 86 millones en 1921 y más de 162 en 1926 en Gran Bretaña) son cantidades que no se han vuelto a alcanzar en todos los años que abarca la obra de Mitchell, aun a pesar del aumento de la población trabajadora; en Gran Bretaña la cifra más alta recogida después de 1926 es de 8,4 millones en 1957, en Francia la cota mayor posterior se sitúa en 1947 con 22,6 millones y en Alemania el régimen nazi y su división política tras la guerra hicieron descender la actividad huel-

ficación, los gráficos presentados y los datos que se incluyen en su comentario están basados en MITCHELL, B. R.: *European Historical Statistics*. Londres (1975).

guística hasta cifras insignificantes con respecto a las de antes de 1933, correspondiendo el nivel máximo a 1963, cuando en la República Federal se contabilizaron 1,8 millones de jornadas de huelga.

Esa explosión reivindicativa podía confundirse con el levantamiento de los oprimidos, que alcanzó en Hungría, Alemania o Bulgaria momentos de insurrección; un levantamiento cuyos objetivos conscientes y queridos irían más allá de las reivindicaciones económicas. O por el contrario, el significado de la aguda conflictividad se encerraba en sí mismo, siendo fundamentalmente un movimiento de defensa de mejores condiciones de vida y trabajo, que encontraba un contexto en extremo favorable y multiplicador en la reformulación del sistema, desde el punto de vista objetivo, y el temor burgués a la imitación doméstica del 17 bolchevique. A mediados de 1920 todavía la dirección comunista creía en 10 primero y Lenin así 10 expresaba en el documento que haría de ser considerado como el *Manifiesto* de la Tercera Internacional ⁵:

La huelga es el medio de acción más habitual en el movimiento revolucionario. Su causa más frecuente es el alza de los precios sobre los productos de primera necesidad. La huelga surge frecuentemente de conflictos regionales. Es el grito de protesta de las masas impacientadas por los manejos parlamentarios de los socialistas. Expresa la solidaridad entre los explotados de un mismo país o de países diferentes. Sus divisas son de naturaleza económica a la vez que política. Frecuentemente, fragmentos de reformismo se entremezclan con consignas de revolución social. La huelga se calma, parece terminar, luego prosigue con más fuerza, trastocando la producción, amenazando al aparato gubernamental. Despierta la furia de la burguesía porque aprovecha toda ocasión para expresar su simpatía por la Rusia soviética. Los pensamientos de los explotadores no los engañan. Esta huelga desordenada no es sino una compulsa de las fuerzas revolucionarias, una llamada a las armas del proletariado revolucionario. La estrecha dependencia en la que se encuentran todos los países y que se puso en evidencia de manera tan catastrófica durante la guerra da una importancia particular a los sectores del trabajo que vinculan a los países entre sí y coloca en primer plano a los ferroviarios y a los obreros del transporte en general. El proletariado del trans-

5 RAGONERI, E., clásico de la historiografía comunista italiana, daba la siguiente valoración de dicho documento: "constituye el texto que expresa más acabadamente esta concepción leninista del internacionalismo proletario y es, también en este sentido, un documento con un valor programático en la historia de la Internacional Comunista. En muchos aspectos tiene una función y una importancia comparables al *Manifiesto inaugural* escrito por Marx y Engels para la fundación de la Primera Internacional", en *Lenin y la Internacional Comunista*, publicado en castellano como introducción a "Los cuatro primeros congresos de la Internacional Comunista. Primera parte", *Cuadernos de Pasado y Presente*, núm. 43, p. XXXII. Buenos Aires, 1973

porte tuvo ocasión de demostrar su fuerza en el boicot a la Hungría y a la Polonia blancas. La huelga y el boicot, métodos que la clase obrera empleaba al comienzo de su lucha trade-unionista, es decir, cuando aún no había comenzado a utilizar el parlamentarismo, tienen en nuestros días la misma importancia y el mismo temible significado que la preparación de la artillería antes del último ataque ⁶.

Esa particular compulsiva podía tener grados y habría de expresar la máxima potencialidad revolucionaria de las masas trabajadoras cuando alcanzara su límite máximo de extensión, aunque estaba claro para la IC que el paso entre la compulsiva y la revolución no era automático. La batalla no la ganaría la artillería, sino sólo la irrupción de la infantería proletaria. En el mismo Segundo Congreso de la IC las *Tesis sobre el papel del Partido Comunista en la Revolución Proletaria* se encargaban de precisar el proceso:

pero no es mediante la huelga general, mediante la táctica de los brazos caídos, como la clase obrera puede lograr la victoria sobre la burguesía. El proletariado debe llegar a la insurrección armada. El que comprende esto debe también comprender que un partido político organizado es necesario y que no pueden existir difusas uniones obreras ⁷.

La huelga había de ser síntoma y preparación del movimiento revolucionario. Lo primero derivaba de la constatación de la intensidad que esa tan característica acción del movimiento obrero —y Lenin se encargaba de subrayar que había aparecido como una de sus primeras manifestaciones *naturales* antes de la *degeneración* del parlamentarismo— había cobrado en la inmediata posguerra; entraba en la lógica pensar que un salto tan incomparable con los anteriores y tan generalizado no podía deberse a las mismas razones que en pasado, situadas dentro de los límites de la conquista económica, y había de ser síntoma de una situación radicalmente nueva, ¿por qué no revolucionaria? Para lo segundo habían de cumplirse algunas condiciones, unas propias del movimiento reivindicativo mismo, y otras, fundamentales, externas a él. En los primeros documentos de la Internacional Sindical Roja, su *Programa de acción*, escrito en septiembre de 1921, dedicado a impartir el *a*, *b*, *c* de la actuación de los comunistas en el seno de los sindicatos y en el seno de la movilización económica de las clases trabajadoras, Lozovsky expuso algunas de

⁶ "Los cuatro primeros congresos", *op. cit.*, p. 205.

⁷ "Los cuatro primeros congresos", *op. cit.*, p. 134.

la revolución alemana según el modelo bolchevique. Cuando se empezó a considerar la revolución soviética irreversiblemente como punto de partida y como modelo, como categoría fundamental de la *revolución mundial*, se hizo inaplazable el paso de la constitución del instrumento que había de, al mismo tiempo, defender y expandir ese modelo en el exterior, la Internacional Comunista, *desde arriba*, aun a costa, como es archisabido, de la opinión precisamente de los espartaquistas. Por otra parte, dado que las características esenciales de la *revolución de octubre* habían sido el partido y el *soviet*, éstos pasaban a ser los términos fundamentales del naciente movimiento comunista, en el que se sustituía la anterior polémica socialista sobre las vías de la revolución (el parlamento, la huelga de masas...) por la estimación en primer término de sus órganos (el *soviet*, el consejo, pero sobre todo la organización compacta y disciplinada de la vanguardia, la dirección...).

Se partía, desde la cúspide del PCR, de un apreciable pragmatismo sobre los medios de lucha previos al asalto del poder (acción parlamentaria, huelga de masas, acción sindical, etc.), otorgando a cada uno de ellos un papel específico pero ninguno por sí solo determinante, para afirmarse en una defensa cerrada de la existencia de un solo modelo de revolución socialista, que tendría como factores determinantes la organización del movimiento obrero en *soviets* bajo la dirección política comunista, la toma del poder por la acción militar y la tendencia a identificar revolución con guerra civil. Por otra parte, ese pragmatismo sobre los medios de lucha vino a coincidir en los años fundacionales de la Tercera Internacional -de 1919 a 1921- con el carácter heterogéneo de los colectivos que buscaron integrarse en ella, cuando todavía la vertebración progresivamente monolítica del régimen soviético y de la IC no había acabado con la pluralidad ideológica del frente de simpatía con la revolución de octubre: desde anarcosindicalistas y *wobblies* hasta socialistas de izquierda, pasando por antiparlamentaristas, consejistas y antisindicalistas. Con todo, hasta finales de 1923, hasta el fracaso del *octubre alemán*, la acción revolucionaria en Europa se consideró como una combinación de acción dirigida de masas, de huelga general organizada, y de acción militar en la que el partido había de mostrar su capacidad de dirección al tomar la decisión suprema en el momento oportuno y garantizar la adecuada y fluida relación entre acción de masas y acción militar.

2. Francia. La revolución como producto de la huelga

Siguiendo a Annie Kriegel-lo que es todavía inevitable en el panorama de la historiografía francesa sobre el tema-, Brest-Litovsk marcó abruptamente los límites del inicial decantamiento hacia la izquierda del movimiento obrero francés, que había tenido una muestra en las movilizaciones contra la guerra de la primavera de 1917. El *derrotismo-pacifista* con el que se había identificado a la mayoría del minoritario frente francés de oposición a la guerra, bien podía aparecer como un traidor cómplice de las armas alemanas que contraatacaban con dureza en todos los frentes en abril de 1918; aun cuando esa complicidad fuera involuntaria, lo cual Clemenceau estaba dispuesto a demostrar que no era más que una patraña encubridora de la conexión que habrían establecido, según él, el contubernio bolchevique-alemán iniciado en el *tren de Finlandia* y culminado en Brest-Litovsk, y los protobolcheviques franceses como Gilbeaux o los militantes del Comité de Defensa Socialita. Cogido así el movimiento obrero francés entre dos fuegos sólo una limitada y aislada réplica se intentó en aquel tránsito del invierno a la primavera de 1918. Su punto de partida fue la relativa reactivación del movimiento reivindicativo, que pareció tomar amplitud cuando en abril se empezó a plantear la convocatoria de sendas huelgas generales en los sectores de la construcción y de la metalurgia de la región parisina²⁶, concretándose en el caso de la construcción, pero no en la metalurgia, en la primera semana de mayo. Su culminación fue la extensión del movimiento huelguístico entre los mineros y los metalúrgicos de la cuenca del Loira, apuntándose la posibilidad de su expansión a toda Francia. Esa posibilidad, hipotética dado el momento que atravesaba en su conjunto el obrerismo galo, fue cortada de cuajo por Clemenceau, persiguiendo a los líderes locales de la movilización y acusando de traición a sus supuestos instigadores, Pericat, Després y el Comité de Defensa Social; tras ello el intento de reaccionar del CDS abortó al no poder movilizar en su apoyo más que un millar de trabajadores en París. “Una vez más –**1a** tercera- el movimiento obrero francés, colocado entre una perspectiva revolucionaria y las exigencias de la defensa nacional, confirma su elección de 1914. Una vez más, desaprueba una acción susceptible de añadirse todavía a la amenaza que pesa sobre la nación”²⁷.

²⁶ KRIEGEL, A.: *op. cit.*, pp. 210-214.

²⁷ *Ibid.*, p. 215.

El binomio leninista *guerra-revolución*, que Bujarin y la izquierda bolchevique habían querido desarrollar a fondo con su oposición a Brest-Litovsk²⁸, quedó claramente desmentido en Francia tras el fracaso de los movimientos de 1917 y 1918. Habría que esperar al fin de la guerra para que el movimiento obrero francés, libre de la hipoteca que le había impuesto sobre su capacidad de decisión la *defensa nacional*, adoptara de nuevo el curso hacia la izquierda y renovara con algunas perspectivas de verosimilitud sus esperanzas revolucionarias. Aunque el desarrollo de las acciones contra la guerra habían dejado, cuando menos subjetivamente, una consecuencia, ratificada por los hechos de 1918, el protagonista de ese curso hacia la izquierda habría de ser el movimiento huelguístico y las expresiones organizativas a él vinculados, en primer término el sindicalismo revolucionario que hacía de la *revolución soviética* el anuncio de su propia acción. Ya se ha señalado antes cómo el período de 1919-21 constituye la cumbre, en términos cuantitativos, del movimiento huelguístico en Europa referido al cómputo de jornadas de huelga acumuladas, pero si nos detenemos en el caso francés y ampliamos el análisis tomando en consideración el número de huelguistas (gráfico 4) podemos comprobar cómo ese momento culminante tuvo además su preparación por lo que hace a la participación de los trabajadores en los conflictos en 1917-18, marcando incluso 1917 una de las puntas máximas desde el inicio de la serie en 1891. Los años 1917-18 dejaban atrás el proceso de desmovilización que había acompañado el estallido de la guerra y en ese sentido, a pesar de que la presión gubernamental y de los sectores del movimiento obrero más comprometidos con la política de *defensa nacional* limitó el alcance de esas movilizaciones —lo que se refleja en que la curva de jornadas de huelga muestra un ritmo de cambio claramente inferior—, ese hecho alentaba la expectativa de un salto hacia adelante en el proceso de movilización. Este se produjo cuando acabó la guerra y al fin de aquellas presiones exteriores sobre el movimiento reivindicativo se sumaron el retorno de los soldados del frente y los trastornos derivados del proceso de reconversión económica de la posguerra.

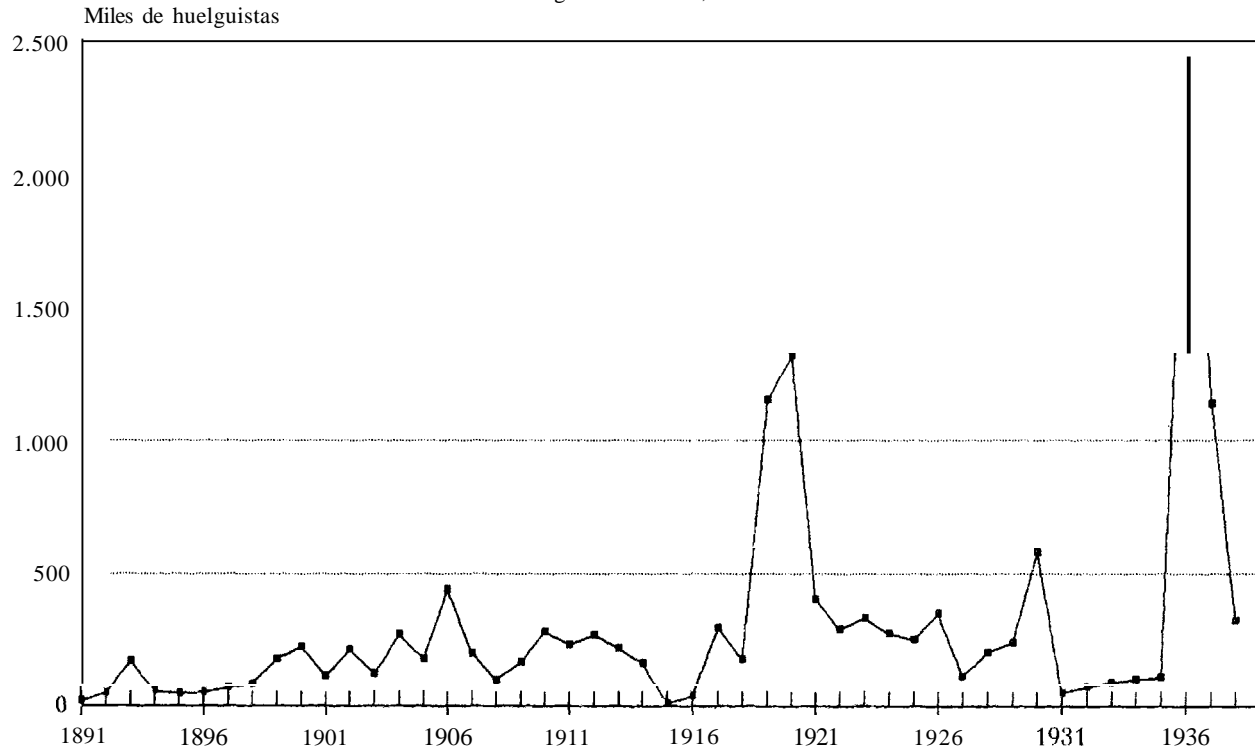
Se daban numerosas condiciones: huelgas, sindicalistas, revolucionarios, revolucionarios que buscaban en el movimiento reivindicativo e incluso en los sindicatos la base de su acción, el reflejo de emulación de la revolución soviética... Desde luego,

²⁸ COHEN, S. F.: *op. cit.*

GRAFICO 4
Huelgas en Francia, 1891-1939

Huelga y revolución

101



Fuente: European Historical Statistics.

a fortiori, en el marco de esta revolución europea inminente, los bolcheviques esperaban la revolución comunista en Francia: ¿Por qué la burguesía francesa e italiana aparece en este momento como la más belicista? Porque la revolución social está más madura que en cualquier otra parte en Francia y en Italia. Porque los capitalistas franceses e italianos no tienen casi nada que perder²⁹.

Claro que eso lo afirmaba Zinoviev en mayo de 1919, cuando se había sufrido una clara decepción por el primer desenlace de la revolución en Alemania. La Confederación General del Trabajo, que había más que doblado a fines de 1918 sus afiliados con respecto a los que tenía en 1914 (5.986.281 frente a 2.567.613 sellos repartidos), estaba llamada a ser la palanca de ese proceso, mientras que el Partido Socialista, que sin pausas, pero también sin ninguna prisa, se estaba decantando hacia el centro-izquierda en el curso de un laborioso debate interno, había de asistir como espectador, al menos inicialmente, de tal proceso. En contra de esa esperanza, que se apoyaba por parte bolchevique en el recuerdo de las tradiciones revolucionarias francesas, al parecer renovadas por el propio sindicalismo de comienzos de siglo, aparecía la realidad del triunfo de las posiciones *constructivas*, encabezadas por Merrheim en el congreso de la CGT en julio de 1918. La salvedad es que éste había tenido lugar en pleno apogeo centrista, en plena resaca del movimiento frustrado de la primavera; estaba por ver cuál sería el comportamiento con la entrada en los nuevos tiempos del comienzo de la posguerra.

Desde comienzos de 1919 se produjo una reactivación de los conflictos laborales que tenían como motivaciones fundamentales el encarecimiento de la subsistencia y la resistencia patronal a la aplicación de la jornada de ocho horas. Y como sector más activo los trabajadores del metal; éstos habían representado algo más de una sexta parte de los trabajadores en huelga entre 1915 y 1918, pero en 1919 pasaron a constituir entre la tercera y la cuarta parte del total³⁰,

y lo que parecía más preocupante fue el número exorbitante de huelgas sólo para el mes de junio. Sólo en la región parisina, donde la agitación metalúrgica fue importante, 170.750 metalúrgicos se pusieron en huelga, cifra a com-

²⁹ KRIEGER, A.: *op. cit.*, p. 269.

³⁰ PAPAYANIS, N.: "Masses révolutionnaires et directions réformistes: les tensions au cours des grèves des métallurgistes français en 1919", en *Le Mouvement Social*, núm. 93, 1975.

transformar el Comité intersindical en Comité ejecutivo del Soviet y dirigir un ultimátum al gobierno para que abandonara el poder en beneficio de la clase obrera³⁵. Pero el desenlace de la huelga fue bien lo contrario. Merrheim consiguió bloquear la extensión al resto de la industria metalúrgica del país propuesta para el 8 de junio; tras ello el comité coordinador de la huelga en la región parisina acordó por mayoría mantener la acción dentro de sus límites corporativos, dejando en minoría a los partidarios de transformar la huelga en política y revolucionaria, encabezados por el comité de Saint-Denis. Antes de acabar el mes se llegó a un acuerdo con la patronal, dentro de los términos que ésta había pactado con Merrheim, y la huelga acabó y con ella el primer intento importante de desencadenar la huelga general para llegar a la revolución. El sindicalista revolucionario Bourderon reconoció más tarde que *fue en el período de mayo cuando las masas habían estado más dispuestas a actuar*³⁶. La revolución pareció tener una segunda oportunidad en la primavera de 1920, esta vez protagonizada por los ferroviarios, que habían iniciado en febrero un movimiento huelguístico, primero en la línea París-Lyon-Marsella. Aunque el desarrollo de los acontecimientos -relatados de manera pormenorizada por Annie Kriegel, que dedicó más atención a este proceso que al de los metalúrgicos del año anterior- sugiere que la posibilidad de convertir la acción de los ferroviarios en una acción política fue un claro espejismo reforzado por el avance organizativo, fundamentalmente organizativo, de los sectores procomunistas del obrerismo francés. En particular en el seno de los sindicatos, tras la constitución en septiembre de 1919 del Consejo de los Sindicalistas Revolucionarios, liderado por los Monatte, Monmousseau, Rosmer, Semard, etc., que establecían el puente entre el sindicalismo revolucionario y el comunismo; aunque su posición era minoritaria en el seno de la CGT, tenía suficiente base de apoyo como para pensar en un progresivo aumento de su influencia. Monatte, precisamente, escribía en marzo a Trotsky dando muestras claras de optimismo, y sobrevaloración de los acontecimientos: *la clase obrera francesa volverá a encontrar bien pronto su espíritu revolucionario (...). La crisis económica que se agrava de mes en mes, y la burguesía, cada vez más agresiva, hacen impracticables toda tentativa reformista...*; e insertaba un juicio que era bien representativo del pensar de algunos de los sectores que se incorporaron inicialmente a la Internacional Comunista, pero fueron rompiendo con ella en el curso de los años vein-

³⁵ *ibid.*, p. 57.

³⁶ Citado por KRIEDEL, A.: *op. cit.*, p. 303.

o la población obrera de Saint-Denis ³⁹, y de dirigentes como Monmousseau o Monatte que concluyeron tras el fracaso del movimiento en favor de la huelga general la necesidad de constltuir un partido de nuevo tipo, el que para ellos había de ser el comunista, para romper la tenaza de la acción convergente del reformismo y el Estado que los había derrotado en marzo-mayo de 1920 ⁴⁰. Su incorporación al comunismo -breve para muchos de ellos, como Monatte o Rosmer, expulsados en diciembre de 1924- les supondría un cambio también de preocupaciones: los mecanismos de la huelga general revolucionaria que al final no han conocido serán en ese capítulo sustituidos por *la formación de comités de taller o de fábrica en el seno de los sindicatos según el modelo de los soviets como métodos específicos de relación partido-sindicato que les permita combatir mejor por el control obrero en las fábricas* ⁴¹ y desde luego por la lucha por el control, primero de la CGT y después de la CGTU.

3. Italia. La acción suprema que nunca llega

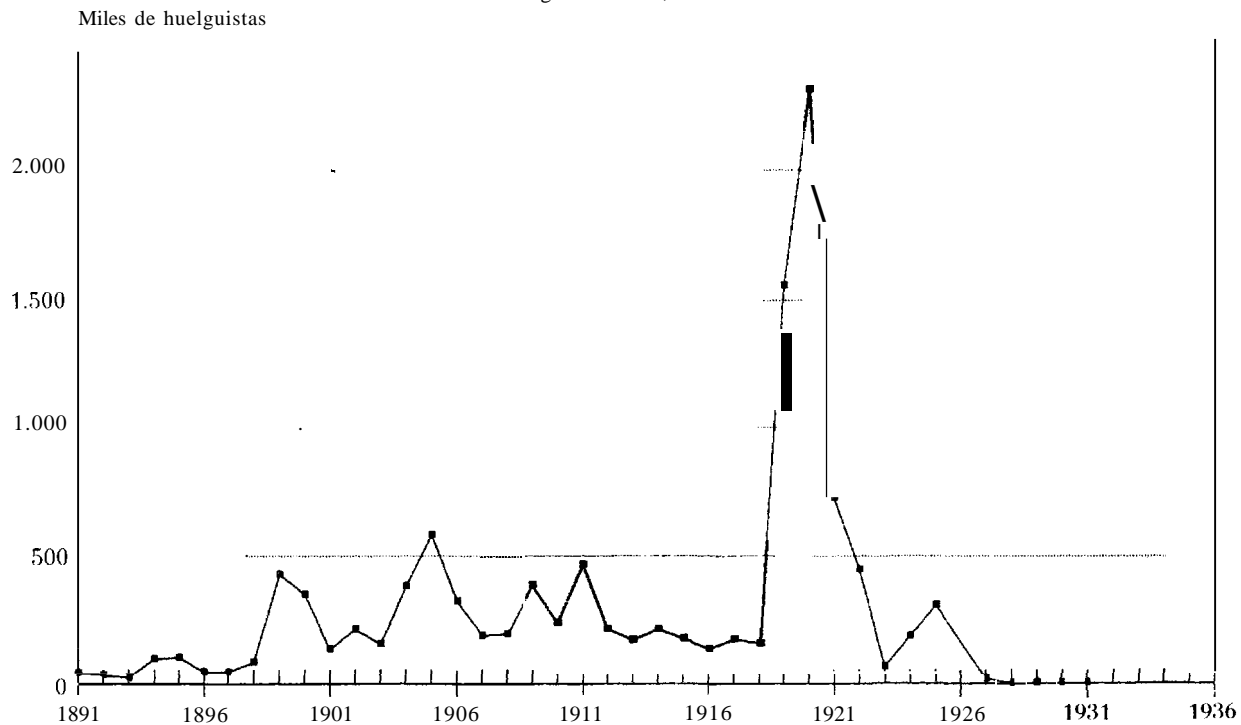
Coincidiendo en el tiempo, aunque no en las formas, con lo acontecido en Francia, Italia conoció también a partir de mediados de 1919 una intensa actividad huelguística cuyas crestas fueron tomadas como síntomas o como comienzo del estallido revolucionario; tanto más cuanto que a diferencia de Francia o Alemania el ritmo de esa actividad antes de la guerra parecer haber sido menos intenso -**en** este caso no dispongo de los datos de jornadas de huelga, que no empiezan sino hasta 1916, y por consiguiente el elemento de referencia son los huelguistas; ver gráfico 5-. Aquí la guerra no produjo una caída tan profunda de la movilización, pero tampoco en 1917-18 se presentaron signos anunciadores claros de lo que se iba a producir en el primer año de la posguerra. La explosión popular, que llevó a la movilización a todas las clases sociales, tuvo en este caso un factor añadido fundamental, al problema de la desmovilización y reinsersión de los retornados del frente y la reconversión de la economía se sumó la grave crisis política derivada del fracaso del gobierno italiano en la obtención del botín de guerra esperado tras su participación en la contienda y la imposibilidad de encontrar un nue-

³⁹ PAPAYANIS, N.: *op. cit.*, p. 73.

⁴⁰ AMDUR, K. E.: "La tradition révolutionnaire entre syndicalisme et communisme dans la France de l'entre-deux-guerres", en *Le Mouvement Social*, núm. 139, 1987.

⁴¹ AMDUR, K. E.: *op. cit.*, p. 32.

GRAFICO 5
Huelgas en Italia, 1891-1939



Fuente: *European Historical Statistics.*

vo equilibrio *giolittiano* entre las diferentes facciones dominantes. En ese contexto de crisis del Estado tuvo lugar la entrada en escena de *la explosión de una violencia laboral desconocida* 42, en los meses de junio y julio, que tenía que culminar en la gran huelga —el *scioperissimo*— del 20 y 21 de julio en protesta contra la intervención en Rusia y de apoyo a la revolución húngara. La acción, que había de ser seguida al propio tiempo por los sindicatos de Gran Bretaña y Francia, donde ni se inició, sí se cumplió en Italia, aunque sólo parcialmente tras la retirada de los ferroviarios y con escasa combatividad. Tras el fiasco, *la ola de huelgas políticas terminó*. En agosto se *pusieron también huelgas espectaculares, pero en apoyo de reivindicaciones salariales, en contra de la inflación, y no ya a favor de Rusia, el socialismo o de la paz* 43. No obstante, la agitación laboral, favorecida por la inestabilidad gubernamental, se mantendría, proporcionando algunos de los mitos de la historia social italiana: *la huelga de las manecillas del reloj* en Turín, en marzo-abril de 1929, y el movimiento de ocupación de fábricas en septiembre del mismo año. En la primera el grupo de *Ordine Nuovo*, liderado por Gramsci, tuvo una posición protagonista dada su influencia en el movimiento obrero turinés y de él partió la propuesta de extender el movimiento para evitar que se sofocara en su aislamiento: *los ordinovistas deciden actuar sobre dos directrices. Por una parte buscan vincularse con las agitaciones campesinas contemporáneas; por otra se piensa en poder inducir con presiones oportunas a los organismos centrales a declarar una huelga general nacional* 44. Esa pretensión era excesiva para las capacidades reales del grupo del *Ordine Nuovo*, limitada su minoritaria influencia a Turín y demasiado concreta para la corriente dominante en el socialismo italiano, la *maximalista*, que tras haber impuesto en el Congreso de Roma del partido como objetivo programático la República socialista y la dictadura del proletariado lo concebía como resultado de una acción política pura que se cumpliría indefectiblemente en un hipotético, y nunca llegado, momento oportuno 45. En esas condiciones mientras que el Consejo na-

42 MAIER, Ch. S.: *op. cit.*, p. 149.

43 *Ibid.*, p. 150.

44 MAIONE, G.: "Il biennio rosso: lo sciopero delle lancette (marzo-aprile 1920)", en *Storia Contemporanea*, 1972-2.

45 "Prevalcía en el PSI una posición que se limitaba a la espera mesiánica de la revolución, concebida como producto natural e inevitable de la "descomposición" de la sociedad burguesa, que llevaba al partido a ir a remolque de los acontecimientos y a subvalorar la importancia de su presencia organizada en el seno de la lucha. En tal marco, la cuestión de la "preparación revolucionaria" era concebida en términos exclusivamente propagandísticos, separada de la acción concreta y de las necesidades rea-

4. Alemania. Cenit y ocaso de la revolución

Los límites de la explosión huelguística fueron puestos explícitamente de relieve por la IC, que insistió en afirmar la dimensión militar de la insurrección proletaria. Esta había sido una tesis constante de la dirección del movimiento comunista internacional desde sus inicios. Uno de sus primeros documentos, la *Plataforma de la Internacional Comunista*, aprobada en su primer congreso en marzo de 1919, ya señaló en su capítulo "El camino de la victoria" que

el período revolucionario exige que el proletariado ponga en práctica un método de lucha que concentre toda su energía, es decir, la acción directa de las masas, incluyendo todas sus consecuencias lógicas: el choque directo y la guerra declarada contra la maquinaria gubernamental burguesa. A ese objetivo deben ser subordinados todos los demás medios...⁴⁹

Esa subordinación se refería en el texto a la acción parlamentaria -lo que estaba entonces en el centro del debate con la izquierda socialista y con el *centrismo* de Kausky- pero era extensible a todos los medios de lucha del movimiento obrero. En otro de los primeros documentos destinados a fijar las posiciones respecto al movimiento sindical, la *Carta del Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista a los sindicatos de todos los países*, en abril de 1920, se les instruye en el sentido de que el movimiento sindical "debe poner en el orden del día la lucha inmediata junto al Partido Comunista por la dictadura del proletariado y la organización soviética (...) debe poner en el primer plano el arma de la huelga general y prepararse a combinar la huelga general con la rebelión armada"⁵⁰. Y, en el Segundo Congreso de la IC -como ya se ha expuesto más arriba-, después de los fracasos del movimiento huelguístico en Francia e Italia, las *Tesis sobre el papel del Partido Comunista en la revolución proletaria* habían machacado con contundencia la inutilidad de la huelga general si se concebía como mera acción de *brazos cruzados* y el carácter indispensable de la insurrección armada. Esa tesis cobró incluso un matiz más extremo en la interpretación de algunos cuadros locales del movimiento comunista, como en el caso del búlgaro Dimitrov -llamado a tener un papel de primera fila en la IC de los años treinta y cuarenta-, quien en su folleto de 1920 sobre la *Tarea de los sindicatos obreros* escribió:

⁴⁹ *Los cuatro primeros...*, op. cit., p. 68,

⁵⁰ AGOSTI, A.: *La Terza Internazionale*, op. cit., primera parte, vol. 1, p. 106.

ga general cumpliría un papel capital y no de manera subordinada, incluso al precio de resistirse a la vinculación inmediata entre acción de masas y acción armada. Los enfrentamientos de enero de 1919, tras de los cuales fueron asesinados Rosa Luxemburg y Karl Liebknecht, cogieron por la espalda a los espartaquistas, que se vieron arrastrados a una acción que no habían querido⁵⁴. Con la lección de la *semana sangrienta* la prudencia de la dirección espartaquista se acentuó y dos meses más tarde, en marzo, el KPD llamó a la huelga general en Berlín, pero *puso a los trabajadores en guardia contra la tentación de continuar la huelga hasta la lucha armada*⁵⁵. Esa tentación estaba ciertamente muy presente en la extrema izquierda alemana, de manera particular entre el “ultraizquierdista” Partido Comunista Obrero Alemán y en sectores del Partido Socialdemócrata Independiente, por no hablar de los anarquistas –por ejemplo, los bávaros–, y tuvo una nueva ocasión de manifestarse, y mostrar sus nefastas consecuencias a raíz del *putch* de Kapp, en marzo de 1920 cuando el éxito de la huelga general defensiva convocada en apoyo del gobierno Ebert fue interpretado en el Rhur, en donde se había armado un denominado *Ejército Rojo* con varias decenas de miles de militantes obreros armados, como la señal de un nuevo arranque insurreccional. El levantamiento fue sangrientamente reprimido, con una ferocidad, y una impunidad, puesta de relieve en un testimonio de la época presentado por Kühnl: *Rematamos hasta los heridos. Hay un entusiasmo increíble... Todo el que cae en nuestras manos es aplastado a culatazos y luego rematado a balazos...*⁵⁶.

La fusión del KPD con el ala mayoritaria de la socialdemocracia independiente, en diciembre de 1920, que dio lugar a la configuración definitiva del KPD, constituido como partido de masas, pareció reforzar aquella orientación no insurreccionalista tal y como lo reflejó la *Carta abierta* de Paul Levi, en enero de 1921, buscando un acuerdo con la socialdemocracia. Sin embargo, resultó lo contrario: Levi fue desautorizado y el KPD cayó en manos de los partidarios de la denominada *teoría de la ofensiva*, que atribuía a la vanguardia no ya la dirección del movimiento de masas, sino la misión de romper

⁵⁴ "Rosa Luxemburgo, Togliatti, Levi, Duncker y la mayoría de la Central espartaquista juzgaron que el derrocamiento del gobierno y, sobre todo, la instauración de otro encabezado por Liebknecht-Ledebour no era posible en aquellos momentos. El partido era débil y su influencia sobre las masas era muy limitada, y ya es sabido que los espartaquistas no preveían la toma del poder hasta la culminación del movimiento insurreccional", BADIA, G.: *Los espartaquistas*, p. 279. Barcelona, 1977.

⁵⁵ FLECHTHEIM, O. K.: *op. cit.*, pp. 76-77.

⁵⁶ KÜHNEL, R.: *op. cit.*, p. 29.

sarrollada en Berlín a comienzos de agosto, el KPD lanzó de nuevo la consigna de una huelga general que, ante la negativa socialdemócrata, impulsó a partir de los consejos de fábrica que controlaba. Su seguimiento fue masivo en la capital y en Alemania central y Hamburgo y aunque en el resto del país tuvo una débil repercusión llevó a la dirección comunista a plantear de nuevo la realización del *octubre alemán*.

Fue entonces cuando en el KPD y en el Komintern maduró la convicción de que existían en Alemania las condiciones para una revolución socialista mediante la insurrección armada. En septiembre tuvieron lugar reuniones del Ejecutivo de la IC en las que se elaboró el plan de la revolución⁵⁸. Flechtheim expresó la valoración más dura: tras la huelga Cuno el partido no hizo ya nada para incrementar su influencia entre las masas obreras. Desde comienzos de septiembre rompió su contrato con las masas y se consagró enteramente a los preparativos militares. Utilizó sobre todo sus posiciones de fuerza para impedir los conflictos laborales y frenar las luchas económicas y políticas (...). Actuando así, se partía de la idea de que era preciso economizar todas las fuerzas con vistas al asalto final⁵⁹.

Un juicio apoyado en la propia autocrítica del Komintern tras el fracaso del proyecto insurreccional: *después de la huelga contra Cuno se ha cometido el error de frenar los movimientos elementales de masas a la espera de la lucha decisiva*⁶⁰.

El factor clave de la insurrección se situó en la entrada de los comunistas en los gobiernos de Sajonia y Turingia, en manos de socialistas de izquierda, desde donde se promovería el armamento de los trabajadores, empezando por transferir a las *centurias proletarias* el de la policía correspondiente. La dirección del KPD y de la *le* confiaban en que ante el previsible ataque del gobierno o del ejército a Sajonia y Turingia sectores de la socialdemocracia, y desde luego los *independientes*, tomarían partido por los gobiernos de coalición socialista-comunista y potenciarían la extensión del levantamiento al resto de Alemania, en donde Hamburgo y Berlín tendrían que volver a ser de nuevo plazas fuertes de la acción revolucionaria. Tras impulsar, el 27 de septiembre, emblemáticamente, la huelga general en el Rhur, el KPD consiguió entrar en los gobiernos de Sajonia, el 10 de octubre, y de Turingia, el 16, de acuerdo con el plan preestablecido. La respuesta militar no se hizo esperar y el ejército entró en Sa-

⁵⁸ ITAJEK, M.: *op. cit.*, p. 71.

⁵⁹ FLECHTHEIM, O. K.: *op. cit.*, pp. 121-122.

⁶⁰ AGOSTI, A.: *op. cit.*, parte segunda, vol. 1, p. 29. Roma, 1976.

